

extremado en todo, pasa súbitamente de la incredulidad al entusiasmo, del desenfreno á la devoción; en fin, tú dirás lo que quisieres; pero yo te digo con toda la seriedad de que soy capaz, que he conocido nuestros deplorables errores, que estoy desengañado y en la firme resolución de consagrar en esta casa de campo, la ménos suntuosa de las mias, el poco resto de vida que me puede quedar, en llorar los desórdenes de la pasada, expiando en los brazos y con los auxilios de la religion, tanto mis innumerables excesos, como los que he inducido á que cometan otros. Aquí imploraré la piedad del cielo por tantos ciegos, que arrastrados por la incredulidad y las pasiones, corren precipitados á su perdición: principalmente por tí, querido Teodoro; por tí á quien amo tanto; por tí á quien he dado malos consejos y peores ejemplos; por tí, finalmente, cuyo excelente natural es digno de conocer la verdad y profesar la virtud.

No me vuelvas á escribir de tus diversiones y desvarios, ni de esos objetos de seduccion, cuyos halagos me han sido tan funestos: yo no debo acordarme de nuestra disolucion sino para llorarla. Tu correspondencia me será agradable, porque siempre te amaré con la amistad mas tierna; pero no debe mezclarse en ella nada que altere la pureza en que deseo establecer mi corazon. A Dios, querido amigo. El te envíe un rayo de

aquella luz con que se ha servido iluminarme, y te haga por su misericordia encontrar la verdadera felicidad que léjos de él buscas tan en vano.

A Dios otra vez, Teodoro mio.

CARTA II.

EL FILOSOFO A TEODORO.

Amigo mio: tu respuesta me ha consolado mucho; yo no esperaba mas que irrisiones, ironías y escarnios de tu parte. Este es el estilo ordinario de los que afectan el insensato valor de despreciar los remordimientos, para no avergonzarse con la bajeza de sus vicios. Tú de buena fe, con mas rectitud en tu corazon y mas candor en tus labios, me confiesas sinceramente que á pesar de la juventud y las riquezas, que te presentan tantos medios de multiplicar tus placeres, jamas te encuentras satisfecho; que en medio de ellos sientes en tu corazon un vacío que derrama sobre tu vida un fastidio intolerable, y que no pocas veces te sorprende en el alma una inquietud que te atormenta, porque ciertos relámpagos, que atraviesan rápidos por tu imaginacion, te descubren un por-

venir, que aunque oscuro, te parece rodeado de lúgubres objetos.

Me añades: que á tu pesar y en medio de tus mismos placeres solia turbarte la idea de una vida frágil, de una muerte cierta y de una existencia futura, que por mas que tú quieras pintártela á tu gusto y con los colores de una filosofia lisonjera, no deja de imprimirte algun terror por la poca luz y seguridad que pueden dar las ideas humanas. En fin, me pides que te haga una relacion fiel de lo que me ha pasado en estos tres meses de ausencia, para ver si puedes hallar direccion mas segura en la nueva carrera que yo emprendo, y si podrás acomodarte con esta felicidad de que yo me manifesté tan gozoso.

Es difícil, Teodoro, reducir á método y describir con órden la historia de estos tres meses, que comprende una innumerable multitud de ideas. Discurre cuánto habrá sido menester para arrancar de mi corazon pasiones dulces que tanto le halagaban, y opiniones envejecidas que tanto le seducian; cuántos medios y esfuerzos habrán sido necesarios para que despues de tanto tiempo de tinieblas y horrores, un esclavo de los vicios mas viles, abandonado de los espíritus juiciosos, despreciado de los hombres de bien, y que tenia perdida su reputacion; un miserable, digo, que buscaba en la extravagancia de sus mismos excesos un funesto remedio contra el hastío que ocasionan

los placeres desmedidos, haya podido abandonar tan imperiosas costumbres, y reformar tan tarde una vida larga y toda consumida en los extremos de la depravacion. ¡Dios eterno, qué memoria! ¡Y eres tú, Señor, el que conservabas esta misma vida de que yo no me servia sino para despreciar tus avisos y ultrajar tu paciencia!

Si, Teodoro, han sido menester grandes y repetidos golpes del cielo, muchos medios gobernados por su Divina Providencia, muchos esfuerzos de su misericordia, muchos auxilios interiores de su gracia, muchos exteriores en los ejemplos de la santa sociedad á que me condujo, y en las exhortaciones del sabio ministro que me deparó, para que se pudiera hacer en mi alma este trastorno, esta conversion, esta renovacion total de inclinaciones y de ideas.

¿Cómo, pues, decirte todo lo que ha pasado por mí? ¿Cómo explicarte el modo progresivo con que llegó á ablandarse este empedernido corazon? ¿Cómo esta cabeza llena de tantas ilusiones y errores pudo poco á poco dar entrada á la luz de tantas verdades? ¿Cómo un monstruo de abominacion vislumbró la hermosura de la virtud, y cómo en fin, un temerario, tan imbuido de todos los sofismas de esta moderna fatal filosofia, ha podido deponer sus falsas ilusiones, empezando á entrever la dignidad, la grandeza y la magestad de la religion?

Ya concebirás cuán difícil es este empeño; pero como puede serte útil, y quién sabe si también podrá serlo á alguno de los muchos que viven tan descaminados; como la resurrección del mas muerto de los hombres debe contribuir á la gloria de Dios; y como la renovacion de estas ideas me dará á cada instante motivo para levantar mi corazon y repetir mis gracias al autor de mi nueva vida... voy á emprenderlo, y confio en que el mismo que convirtió mi corazon, sabrá gobernar mi mano para su gloria y para ejemplo de otros infelices como yo.

No hallarás aquí flores, sino frutos. No esperes estudio ni eleccion en las palabras y frases; pero hallarás sentimientos verdaderos, y tales como los experimentó mi corazon en cada circunstancia. En vez de discursos elegantes hallarás sensaciones, y verás sus efectos; pero como son muchos, temo que su reunion será numerosa, y que la historia de tres meses produzca un libro. Si así fuere, ten paciencia: mas quiero ser prolijo que diminuto, porque no pudiera callar nada sin suprimir un beneficio del cielo, y una demostracion de su bondad; en este caso admira en mi conversion *el triunfo de la misericordia de Dios contra el corazon mas perverso*. Ayúdame á darle gracias, cómo yo le pido que te penetre de las mismas luces, y escucha que ya empiezo.

Ya te acordarás de la última noche en que, se-

gun nuestra costumbre, nos reunimos en tu casa para gozar de aquellos placeres infames, que eran entónces nuestra única felicidad. Harás memoria de que solo Manuel no concurrió, porque habia salido al anochecer en su coche á su casa de campo. No ignoras el motivo que le conducia, que no era otro que disponer las cosas para el dia siguiente en que yo y otros queriamos ir á consumir una atroz iniquidad con ultraje de la confianza y abuso de la inocencia: su recuerdo me llena de horror.

Tambien debes hacer memoria, que aquella noche por la primera vez vino á tu casa aquel magnífico y brillante extranjero, que fué siempre objeto de mi antipatía: siendo hombre de nacimiento, habiendo traido recomendaciones superiores, y sosteniendo su dignidad con mucho gasto y grande esplendor, le fué fácil hallar entrada en las principales casas de la ciudad.

Tambien sabes mi antipatía á su carácter arrogante; y que á pesar de las muchas insinuaciones que hizo para ser mi amigo, yo le opuse siempre una cortesía fria y reservada. Mi genio orgulloso no podia sufrir sus aires superiores, y me inquietaba de que un hombre que no habia nacido entre nosotros, viniese á ofuscarnos; fuera de que su tono satisfecho y aire altivo no podian conciliarse bien con la mal sufrida viveza de mi genio; pero viéndole en tu casa, y admitido á

nuestras mas íntimas y secretas partidas, me fué preciso disimular mi displicencia.

Nos pusimos á jugar el faraon. El segun su estilo queria con su petulancia avasallar todo; jugaba noblemente, con mucha soltura y despejo; pero con modo tan insolente, que parecia querer despreciar el juego y burlarse de los jugadores.

Yo empezaba á soportar con trabajo estos ai res de dominacion, y en un lance en que yo tenia interes, y reclamaba un derecho, él se atrevió á exponer su opinion contraria á mis pretensiones.

Entónces el enfado me transporta, y me arranca no sé qué palabras duras que le dije con ceño y aspereza. Yo sentí el exceso de mi vivacidad; pero mi cólera fué mas activa que mi reflexion, y no habia remedio.

Lo singular es, que yo que esperaba una respuesta del mismo género, y me preparaba á todo, me sorprendí viendo que este hombre, que parecia tan intrépido y orgulloso, se quedó parado, que no me dijo una palabra, sino bajó los ojos y continuó su juego como ántes. Hice juicio que este era uno de los muchos fanfarrónes que andan por el mundo, á quienes su orgullo y sus riquezas inspiran arrogancia; pero que se ponen en su lugar desde que encuentran la primer resistencia, y me aplaudí en secreto de haberle sabido imponer.

Se concluyó el juego despues de media noche,

y cuando todos bajamos la escalera para subir á nuestros coches, el extrangero se me acerca, me llama aparte, y me dice: „Yo creo que el que se atreve á insultar á un hombre como yo, tendrá valor para darle satisfaccion, y espero que hoy mismo al amanecer vendréis á encontrarme á la puerta del arrabal, donde os estaré aguardando.” Yo sentí al instante todas las consecuencias de este contratiempo, que me era mas desagradable, porque no podia dejar de reconocer que mi viveza y mal humor eran la verdadera causa; pero como en lances de esta especie no permita réplica el honor mundano, sino es indispensable otorgar al instante, le aseguré que me hallaria en el sitio señalado á la hora que me indicaba. Esto pasó entre nosotros, sin que nadie lo percibiese.

Fuíme á mi casa, y me puse en el lecho. Fatigado de mis excesos, mi cuerpo necesitaba del natural descanso; pero á pesar de que la noche precedente la habia pasado en trasnochada, la oportunidad de mis reflexiones alejó al sueño de mis ojos. No me era posible ni descansar mis miembros ni soségar mi espíritu. Me afligia considerar que aquel encuentro podía quitarme la proporcion de ir al otro dia á casa de Manuel, y malograr una ocasion tan deseada, tan procurada, y que era entónces el mas ardiente objeto de mis deseos.

Preveia los riesgos de un desafio en un tiempo

en que el gobierno procuraba exterminarlos con la mayor severidad. No podía disimularme que el extranjero estaba bien visto, y que tenía muchos amigos y valedores; me consternaba la idea de que yo sin bastante motivo habia sido el agresor; que mi ciega antipatía y mi mal humor eran la única causa de mi imprudencia, y que todos los que estaban en el juego eran testigos y podian deponer de mi arrojo y de su moderacion.

Estas consideraciones me tenían inquieto y desasosegado. No temia las resultas del lance: mi superioridad en la esgrima me daba confianza en la destreza de mi brazo; pero no podia ocultarme los muchos peligros á que me exponia; y lo peor era que no habia remedio, pues era indispensable aventurarse á todo. Lo único que me proponia era valerme de mi habilidad para desarmarle sin herirle, y terminar el lance de un modo que sin serle funesto, me dejara con reposo y con gloria.

Fatigada mi alma con estas ideas, no hallaba un instante de descanso, y ya habia pasado una gran parte de la noche. Serian las tres de la mañana cuando siento en la sala que precede á mi alcoba pasos y ruido. Este extraño movimiento me sorprende; llamo y veo entrar despa- vorido, sin color ni figura de hombre á un criado de Manuel, ministro ordinario de nuestras iniqui-

dades; se llega á mí, y con una voz trémula, que anunciaba su terror y sollozos, me dice que su amo acaba de morir súbitamente.

¿Cómo podré pintarte el efecto que me produjo esta terrible y no esperada nueva? Yo no podia creer ni á mis oidos ni á mis ojos. ¿Qué? le respondí con precipitacion, ¡Manuel! Sí señor, me replica: acabo de verle morir tan arrebatadamente, que no ha podido decir una palabra. Yo mismo estaba á su lado en el coche: no habia dado el menor indicio de estar malo. Le creia dormido; pero de repente hizo un movimiento extraordinario, y este movimiento ha sido su postrer suspiro. Nuestros esfuerzos han sido vanos; no le hemos podido observar el menor aliento, y viéndole ya cadáver, los demas han seguido con el cuerpo á la casa de campo, que ya estaba cerca, y yo he venido á daros el aviso.

Mi sobresalto era tan extremo, y la confusion de mis ideas tanta que apenas podia percibir lo que escuchaba. Salto del lecho sin saber lo que hago; quiero hablar y no puedo; deseo preguntarle é informarme, y no hallo como articular palabra. Las ideas se me atropellan de manera, que las unas empujan á las otras, sin poder fijarme en ninguna; me visto prontamente, corro descompasado por el cuarto, no alcanzo á proferir mas que voces interumpidas y mal articuladas: ¡Manuel, Manuel es muerto! ¡Mi mejor amigo! ¡Manuel!

y estos acentos espantosos son acompañados de ojeadas vagabundas y despavoridas.

Gritaba sin cesar: ¡Manuel, Manuel ha muerto! Los dos habíamos pasado el mismo día en los horrores de la mayor disolución, y nos habíamos preparado á pasar el siguiente en desórdenes aun más execrables. Esta memoria daba á las convulsiones de mi despecho un carácter tan extravagante y feroz, que me hacía terrible á mis propios criados. Estos se esforzaban á darme algún consuelo; pero yo no veía más que muertes y sepulcros. Los movimientos de mi respiración eran cortos y penosos, y cada uno de ellos me parecía el último. No podía sufrir la vista de mi cuarto, ni veía en él mas que objetos pavorosos: los muros, á pesar de las ricas decoraciones que los adornaban, se me representaban cubiertos de un pavor sepulcral. Este pasage tan impensado y rápido, con que Manuel salió del seno de los deleites para entrar en el abismo de la eternidad, me presentaba una imágen tan espantosa, que para sacudirla y aliviarme del horror con que me atormentaba, corría como un miserable, dando gritos que parecían aullidos, semejantes á los que pueden dar las fieras, cuando acosadas por los cazadores se ven cogidas y sin camino para evitar su plomo destructor. Cuando mis criados me vieron en esta especie



Gritaba sin cesar ¡Manuel, Manuel es muerto! ¡mi mejor amigo! Manuel!

de delirio, quisieron con lágrimas y ruegos exhortarme á la moderacion; pero yo estaba incapaz de escuchar un consejo. Mi primer movimiento fué volar con socorros á ver si era posible algun remedio. El criado de Manuel me lo rogaba, los míos me lo proponian; pero la memoria del desafio y su proximidad me quitaban todos los arbitrios.

Al fin sentí la necesidad de tomar un partido. Hice un esfuerzo sobre mí, y sentándome despues de algunos momentos en que procuré calmar mi agitacion, di orden á un criado de mi confianza para que tomando un coche, y acompañando al de Manuel, fuesen á despertar al médico que les nombré, y le llevasen á Manuel por si era posible darle algun socorro. El criado de Manuel dudaba de la utilidad de esta diligencia, diciendo que era tarde, y que ya su amo habia muerto; pero salieron ambos. Los demas empezaron á renovar sus exhortaciones; y yo que me cansaba de su presencia, con una voz que manifestaba mi autoridad y el respeto que me debian, les mandé que se fueran, y me dejaron solo.

Esta fué la primera vez que consideré cuán inútiles son los socorros humanos en los casos mas importantes de los hombres. Estos fueron los primeros terrores que experimentó mi intrépido corazón; sin duda que Dios lo preparaba para que recibiera mejor las impresiones de su luz, como

espero que con la misma te ha inspirado el deseo de saber mi historia, y me da el valor de escribirte la milagrosa revolucion que ha hecho en mi alma, porque ya quiere preparar la tuya. Quizá tambien la relacion de mis dias tenebrosos, y de los dulces que ahora paso en el consuelo de mi arrepentimiento y de mis expiaciones, caerá en la mano de alguno que esté tan seducido como yo, y le excitará á buscar el mismo remedio á tan gran desgracia.

Luego que quedé solo cerré mi puerta, y me pareció que la soledad aumentaba mi terror y despecho. Es imposible que te diga, ni que yo mismo sepa la multitud de ideas que atravesaron mi imaginacion; pero todas eran confusas, ninguna distinguida, y sobre todo eran lúgubres y horrosas. La que me hizo mas impresion, porque me era mas nueva, fué acordarme de un cierto pariente, que yo veia poco, porque era justo y buen cristiano: no le veia nunca sin burlarme de su religion, que yo llamaba bobería, y sin reirme de sus virtudes, que llamaba simplicidad.

Ya te puedes acordar que este hombre, á quien su inocencia y religiosa conducta debian hacer respetable, era siempre el objeto de nuestras irrisiones. Yo habia trabajado muchas veces en seducirle con los sofismas de mis opiniones filosóficas, y no habiendo podido ganar nada sobre su sano juicio, le habia abandonado como un hom-

bre de cortos alcances, incapaz de salir de la esfera del vulgo; pero en aquel instante de terror no sé por qué se presentó á mi memoria con otro aspecto. Me parece que en aquel momento hubiera sacrificado toda mi opulencia por una paz y serenidad como la suya.

¡Ay Mariano! exclamaba en medio de las convulsiones que despedazaban mi corazon. ¡Ay Mariano! de quien me he burlado tanto: tú no eres tan desdichado como yo; tú vives tranquilo y sin pasiones; tu inocencia no teme nada; pero yo, esclavo de mis pasiones, ya empiezo á sentir sus efectos; y estas reflexiones me arrancaban un diluvio de lágrimas. Todos mis miembros se estremecian; el dolor me forzaba á sollozos, que me hubiera avergonzado de que los oyesen los compañeros de mis delirios, y que habia querido ocultar á mis propios criados á quienes fiaba todas mis flaquezas.

Pero ¿cómo podré explicarte el terror y sobresalto que sintió mi corazon, cuando de repente, y sin ningun precursor oigo el mas formidable trueno que jamas ha llegado á mis oidos, y que tras él sin intervalo siguen otros igualmente terribles y espantosos? Esta es la famosa tempestad de aquel dia, de que debes hacer memoria, porque causó muchos sustos y grandes daños. Yo no habia jamas tenido temor de un fenómeno tan natural; pero la circunstancia me le hizo parecer